

**Loaiza Cano, Gilberto. *Manuel Ancízar y su época (1811-1882): Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia-Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004. 521 páginas.**

**Juan David Figueroa**

*Estudiante, Maestría en Historia  
Universidad Nacional de Colombia*

Conocido por sus estudios sobre Luis Tejada y la historia de los intelectuales en Colombia, el profesor Loaiza se remonta en esta ocasión dos siglos atrás y nos ofrece la biografía de un personaje que, como el primero, ha pasado un poco desapercibido a los estudiosos de la historia en el país. En esta obra se nota la maduración de quien ha elegido el seguimiento de una vida individual como estrategia de investigación, dotándola de una complejidad y riqueza acorde con la revaloración del género biográfico en las últimas décadas, como lo expone en la introducción. La biografía, combinando dosis de explicación y narración, haciendo un estudio intensivo de caso y siguiendo muy de cerca a los actores, puede convertirse en una aliada de la disciplina, a condición de no olvidar el entramado de relaciones dentro del cual está inmerso el sujeto.

Con un soporte documental amplio y bien manejado, enriquecido por los archivos particulares de la familia Ancízar, que le permiten una aproximación más detallada al hombre y el descubrimiento o rectificación de aspectos de su vida poco conocidos, el autor se propone, como indica el subtítulo, trazar la vida de un político *hispanoamericano*, lo cual supone salir del habitual espacio “nacional” y generar interpretaciones de más largo alcance acerca de las características, papel y contradicciones de un personaje de la vida pública hispanoamericana del siglo XIX. A ello invita, por supuesto, la propia vida de Ancízar: nacido en Bogotá en 1811, de padres peninsulares llegados a la Nueva Granada con la comitiva del virrey Amar y Borbón y obligados a huir tras la batalla de Boyacá, pasa su juventud en Cuba; descontento y crítico con el sistema colonial, prosigue a Venezuela a comienzos de la década de 1840, en donde ocupa funciones claves de organización cultural, y finalmente retorna a la “patria”, Nueva Granada, donde, además de tomar parte en tareas de organización cultural, fue enviado a misiones diplomáticas y coadyuvó a conseguir la hegemonía para un sector del liberalismo durante más de una década. Es pues un miembro de la elite que no cruzó jamás el Atlántico, que no respiró directamente ese aire europeo que el investigador Frédéric Martínez presenta como componente indispensable de la maduración de los políticos granadinos.

Hispanoamericano porque, sin antecesores vivos en ningún país, Ancízar tejió una densa red de sociabilidades por los lugares por donde transitó, cuyo estudio es uno de los fuertes del libro. Se trató, en primer lugar, de la masonería, a la cual se infiere que ingresó desde sus años en Cuba, organización que se desplegaba hacia

el exterior como expresión de alianzas y fidelidades supranacionales, y al interior como soporte y acompañamiento –en algunos casos reemplazo– de los partidos políticos. Medio de difusión privilegiado de las corrientes liberales y modernizadores que se oponían a la hegemonía de la Iglesia, la masonería estuvo también, en países como la Nueva Granada, impregnada por sociabilidades tradicionales tales como el clientelismo, y en ese sentido su naturaleza “moderna” quedó entre paréntesis. A su lado florecieron todo tipo de sociedades de ideas, de formas de asociación científica y cultural, efímeras la mayoría pero algunas con continuidad en el tiempo. De hecho, Ancizar estuvo inmerso en los dos proyectos culturales y científicos de mayor vuelo en aquella centuria: la Comisión Corográfica y la Universidad Nacional. Por ello Loaiza afirma que: “La vida de Ancizar transcurrió como la de un inspirador, organizador e iniciador de sociedades de ideas”(p. 151) desde los institutos educativos, pasando por las academias, las bibliotecas, las empresas científicas, los periódicos, entre otras. Es revelador el cuadro en el que se presentan las sociedades de las que hizo parte, que coincide con el auge de este tipo de organizaciones en la Nueva Granada entre 1846 y 1854.

Los capítulos uno y dos describen el destierro del suelo granadino y la formación intelectual de Ancizar en la isla del Caribe. Se caracteriza muy bien su aprendizaje autodidacta de la filosofía ecléctica, al margen de sus estudios de derecho, su oposición al establecimiento español, así como su inclinación liberal. Es precisamente el contacto con las redes francmasónicas, en particular con el intelectual venezolano Fermín Toro, el que le permite acudir a Venezuela en 1839 y evadir así a un régimen que no lo veía con buenos ojos, proceso rastreado en el tercer capítulo. En Caracas, se le otorga una cátedra de filosofía y toma parte en la creación de la Biblioteca Nacional; luego, en Valencia dirige y renueva el Colegio Nacional de Carabobo. Es aquí donde se inicia como organizador cultural. En el cuarto capítulo se estudia su *Lecciones de Psicología y Moral* (1851), obra apegada a la escuela “ecléctica” y anclada en el principio de la soberanía de la razón del liberalismo francés de la restauración, según el cual los individuos más aptos para ejercer el mando son aquellos que detentan el privilegio de la razón y la ilustración.

El quinto capítulo se centra en el retorno de Ancizar a su país natal y las primeras tareas oficiales que le encomiendan. ¿Las razones del regreso? Al parecer, carecer de los derechos políticos, que le impedían moverse en todos los campos que le interesaban en Venezuela. El sexto, uno de los más interesantes, enfoca las sociabilidades políticas e intelectuales más determinantes del período. Nueva luz se arroja sobre la fundación de la imprenta *El Neogranadino* y el periódico del mismo nombre, el cual surge en 1848 con el auspicio del gobierno de Mosquera y se convierte en un impulsor del liberalismo modernizante y los ideales civilizadores: “...el periódico era la herramienta apropiada para unificar intereses, el punto de partida para construir hegemonías políticas culturales”(p. 159) guiado, en el fondo, por una “lenta voluntad de crear nación”. En 1848 Ancizar renuncia al cargo

de subsecretario de relaciones exteriores para consagrarse a la coordinación de su imprenta, la más moderna de entonces, para cuyo manejo hizo venir de Venezuela a un equipo de dos litógrafos, dos tipógrafos y un impresor. A la postre, Ancízar dimitiría también de esta función.

Los dos capítulos siguientes abordan la participación del *Padre Alpha* como ayudante principal de Agustín Codazzi—contratado y traído también de Venezuela por intermediación suya— en la Comisión Corográfica. Resultado de su labor itinerante al lado del teniente coronel italiano fue la *Peregrinación de Alpha*, conjunto de descripciones del recorrido por las provincias del norte del país desde enero de 1850 hasta fines de 1851, que apareció por primera vez en las páginas de *El Neogranadino*. La biografía continúa con las misiones diplomáticas de Ancízar en Chile, Ecuador y Perú entre 1852 y 1855, llenas de datos nuevos a propósito de la imagen de la Nueva Granada en los países del sur y la naturaleza de la diplomacia suramericana. En Chile, la presencia del ministro plenipotenciario y las noticias que traía de la “roja” Nueva Granada causaron conmoción. Allí también tejió sociabilidades con intelectuales como Andrés Bello, y tomó prestados modelos de organización estatal que trajo consigo al regreso de su misión. La vida privada del hombre público es materia del capítulo décimo.

Del libro se aprende que Ancízar fue un digno representante del intelectual-político decimonónico en Hispanoamérica, llamado también político civil para diferenciarlo de la veta militar y eclesiástica.<sup>1</sup> Fungió como mediador, no tanto entre una sociedad política y una sociedad civil, siguiendo a Gramsci, sino entre oligarquías regionales y poder central. Su vínculo con Tomás Cipriano de Mosquera, personificación del poder caudillista y militar, delata una complicidad con el caudillo, una simbiosis entre el político civil y el político militar, funcionales el uno para el otro: aquel gana las guerras, el otro escribe las constituciones y crea la institucionalidad que generará respaldo al régimen. Una de las ambigüedades propias de este político civil es que no puede permanecer totalmente al margen de la guerra, termina involucrado en ella de una u otra forma. Sin embargo, dentro del liberalismo neogranadino se fueron distanciando cada vez más los sectores civil y militar, y la generación radical rompió definitivamente con Mosquera luego de la guerra de 1859-1862, en buena parte gracias a la actividad de Ancízar. Desde este momento se volcará más intensamente al campo educativo, como se evidencia en la creación y dirección de la Universidad Nacional, a través de la cual se esperaba, aparte de fomentar los estudios científicos y técnicos, la ampliación de la base de ciudadanos. Este es el tema del último capítulo.

El libro es generoso en la caracterización de un período y de sus principales líneas maestras. Además de bien escrito, logra ir más allá de una vida individual, abre

<sup>1</sup> Gilberto Loaiza ha contribuido al debate sobre la historia de los intelectuales en Colombia con el artículo “Los intelectuales y la historia política en Colombia”, en César Ayala, ed., *La historia política hoy: Sus métodos y las ciencias sociales* (Bogotá: Universidad Nacional, 2004) 78-83.

nuevos interrogantes y despeja viejas preguntas. Conocemos un poquito más de la relación entre cambios políticos y culturales, del papel de los intelectuales políticos en el surgimiento de nuevas sociabilidades o la adecuación de viejas. Con todo, el lector se queda con la duda de qué hizo Ancízar en los Estados Unidos, antes de su arribo a Venezuela. ¿Es por carencia de documentación, o por falta de interés que este lapso de su vida se soslaya? Asimismo, otro punto de discusión es que si Ancízar fue un defensor de la “aristocracia del mérito” y de la carrera abierta al talento, como lo expresa el autor, “cultivado, elevado por su propio esfuerzo sin recurrir a los privilegios y vanidades de un apellido o de un título nobiliario”(p. 41) no hay que olvidar que sus padres eran españoles y hacían parte de los funcionarios virreinales, como se expone al comienzo pero tal vez no se insiste lo suficiente.